



José Quintanal Díaz

POESÍA

Paranoia

El mundo convulsiona, nos estremece y,
lo que es peor, tanta vorágine,
a nadie sorprende. De igual modo,
sucede con la falacia, que también
parece habérseños instalado, a cuyo
amparo cobra protagonismo
el arte de la persuasión. Un sin sentido
cotidiano, que alcanza ya
la categoría de mito.

El progreso se desmorona, pero
nada parece inquietarnos; hemos
conseguido normalizar hasta el caos.

A merced de los hijos de Eros,
llevados por la pasión, somos ya
capaces de acreditarlo todo,
permaneciendo impasibles,...
al observar la vacuidad de sus efectos.

Nos ha sucedido, cuando hemos tenido
que sufrir una absoluta desconexión,
de esas que la técnica califica de alta tensión,
tan alta, que ha saltado por los aires,
acabando fundida, en un apagón,
con los cables cruzados, como ya nos
preconizara Pseudólogos, el sabio daimón.
O se nos disparan las alarmas, como
sucedió en aquel trágico descarrilamiento,
desvanecido, de la mano de Dolos,
que acabó por dejar tirada,
en una cuneta, rociada de cadáveres,

la tan vitoreada alta velocidad,
ahora, en cambio, vituperada.
Tal cúmulo de despropósitos,
se culmina de manera inconsciente,
o inconsistentemente, al facilitar
el triunfo de Ápate, cuyo engaño
nos atiborra y nos obliga a engullir,
pausada e impunemente, una ingente
variedad de plásticos, micro y mega,
tantos que cuando acabemos muertos,
será por haber sido infectados (seguro)
con un amplio y moderno catálogo,
de inmundas y nauseabundas bacterias.

Don't worry. Las diosas Nix y Érebo,
se encargarán de ocultarlo todo,
mientras todos nosotros, impasibles
continuaremos asimilando, de manera
resignada, tan silente indigestión.
Ir de la mano, de tal elenco deífico,
nos tranquilizará, pero acabará
depositándonos, suave y dulcemente,
en manos de la mejor Sanidad del mundo:
quien, con una super-mascarilla EPI-FFP2,
que, se habrá comprado al peso, en China,
nos acabará silenciando, por completo.
Así, nos protegerán y, a quien lo deseé,
incluso pueden ofrecerle inmunidad plena.
No obstante, ahí no acaba todo; pues
hemos demostrado que nuestra paciencia

es infinita. Kairós nos tiene programados, y funcionamos a merced de su capricho; veréis cómo somos capaces de soportar pacientemente, interminables atascos, transigir con una masificación de likes, excusar cualquier tipo de explotación, ocultándola, negándola, ignorándola o incluso admitiendo injustamente el odio; y que descubramos cómo se es capaz de aplastar por trepar, arremeter contra el semejante, matar por placer u odiar por fidelidad, justificando con ello, cualquier disparidad. Sumisos, acabaremos por aceptar que el mismo arma que nos apunta, pueda resolver la desavenencia, o se conforme en una abrumadora salva dialéctica que facilite el triunfo, que nos acabe burlando, negando, inane, cualquier fútil beneficio.

Puestos a reflejar, a mostrar y desnudar, esta cruda realidad construida, hemos de reconocer que la tecnología... ha entrado en nuestras vidas, con preeminencia; es venerada, como el sublime Zeus, quien todo lo alcanza y lo absorbe. Nos domina, por completo. De este modo, la televisión, ha cobrado total, absoluto protagonismo nos alimenta, hasta la saturación, permitiéndonos libar su sangre en el almuerzo, hace que nos merendamos la marginación o que sea posible acabar el día, justificando durante la cena, cualquier invasión. Perderemos poquito a poco, el favor de la mismísima Eleutheria, quien con criterio, y no sin alevosía,

acabará censurándonos todo atisbo de libertad. De igual manera, nos sucede con los recursos de la comunicación, o las tan diversas, y distantes, como abundantes redes, que de una manera sibilina, desde un simple nodo, o una conexión wifí, navegan en modo dirigido e interesado, nos engullen y manipulan. Se magnifica su vocabulario, alimentando el morbo, la crítica y el postureo. Pensamiento crítico, cero. Entretenimiento, es su fin, y con tales estrategias, consiguen salir airoso (un insulto legítimo).

Para culminar tal sarta de prejuicios, nos encontramos con una sutil interpretación contra la que habrá que rebelarse: qué poco nos cuesta hoy despreciar; (!qué triste!), pues todo se acepta, cual si del mismo dios Ares se tratase, se magnifica la diferencia y el odio, y puestos a buscar sensaciones, está claro, parece evidente, lo fácil, tremadamente fácil, que parece para cualquiera, introducirse, en el fragor de una guerra; le resulta muy, muy barato, le sale gratis y... entretiene.

Acabemos reconociendo la mayor de las certezas:

el poder sabrá difuminar,
en aras a una socorrida guerra,
su inquina, y su particular interés,
ofreciendo a cambio, transparencia
(un mantra que todo lo justifica),
nos mantienen informados, y
de paso, uniformados. Parecemos hijos
de la mismísima Astrea, cuando
en realidad, vamos demostrando
ser auténticos insultos, con pedigrí;
complacientes, aceptamos, una vida que,
gratuitamente, se nos ofrece; y, de algún modo,
viene ya deconstruida. Tampoco parece
importar que se nos fagocite, lentamente,
a cambio de una gratuidad aderezada
con una más que mohina comodidad.
Internet acaba convertido en ese amigo,
padre, colega o compañero fiel,
Gran Hermano que, complaciente,
y con la mayor dulzura,
nos lleva desparramándonos
en portales, abiertos a una anarquía,
que pulula, girando dispersa
por siderales nimbos.
Porque, al fin y al cabo,
todo es válido si se justifica,

o se viste con traje de gala:
odio, violencia, abandono,
desorden, imposición, desprecio,
desacato, libertinaje, abuso,
desprecio, dejación, ignorancia...
Parece claro, que vivimos en medio
de una triste e insulsa paranoia.

¿Quién es capaz de ser
el primero en romper
ese duro caparazón,
sacar la cabeza y gritar,
genuino, reivindicando
su propia libertad?
Locos quedan (quedamos) pocos;
todos, todos, pidiendo a gritos
su deseada independencia
(y de paso la de todos).
Honestamente, auténtico,
quiero huir de esta cruel locura,
y me gustaría hacerlo contigo;
que llegara un día en el que juntos,
todos juntos, pudiéramos
fuertemente gritar.
¡Bendita cordura!